

*NOTA DE LA DIRECCION*—Hemos procurado reproducir en el artículo que antecede lo seleccionado de Caldas que dé mejor idea de sus aficiones y capacidades científicas —esté ello reproducido muchas veces o sea de pocos conocido— porque queremos en este número de la Revista dejar clara impresión de la personalidad del Prócer, cuya biografía, escrita por su discípulo don Lino de Pombo, figura también en la presente entrega, en la “Sección de Notas”.

Criticamente hablando y desde un punto de vista estrictamente científico, Caldas no puede considerarse como un genio analítico: sus matemáticas son poco profundas, y carece en sus escritos de la precisión del análisis lógico necesario para alcanzar verdaderas conquistas en el ramo de la matemática pura. Empero, ¡qué intuición la suya! Genio esencialmente intuitivo, Caldas fue, ante todo, un físico, en el sentido estricto de la palabra; y como tal es un modelo. Así, si lo consideramos a través de las páginas de su Memoria sobre la presión atmosférica y el agua hirviendo, se nos revela provisto de todas las condiciones necesarias para efectuar grandes descubrimientos en el campo de la experiencia, al seguir guiado por su intuición maravillosa, un camino lleno de luz, tal como lo hizo Ampère al descubrir los fundamentos del electromagnetismo.

Y hay que agregar, en el caso de Caldas, a la intuición admirable que lo guiaba en sus investigaciones, la destreza manual que le permitía fabricar por sí solo sus propios instrumentos. Si él hubiera carecido de esta preciosa facultad, de nada le habría servido su genio intuitivo, pues no tuvo la suerte de nacer en un país de recursos mecánicos e industriales que le permitieran ordenar la fabricación perfecta de los instrumentos que iba necesitando en sus experiencias. Como él mismo lo decía, forzosamente tuvo que ser su propio artífice, su propio creador de cuanto necesitó, ya que en este medio colonial y atrasado todo había de faltarle.

Pero, suceso providencial, precisamente por esta circunstancia adversa, inventó el hipsómetro. ¡Qué admirable intuición la suya, que lo condujo, al tratar de fabricarse un termómetro con los restos de otro que había roto, al descubrimiento de la tensión de ebullición del vapor de agua, que muchos años después Regneault llevó a la más alta precisión científica!

Totalmente distinto de Garavito, ese otro genio de la Ciencia colombiana, Caldas observaba directamente a la naturaleza para arrancarle sus secretos (por eso fue naturalista, al par que físico) y se dejaba llevar por los arranques de una imaginación tan poderosa como lo era su intuición, para aparecerse en ciertas circunstancias con caracteres de poeta descriptivo de primer orden.

Estableciendo un paralelo entre Caldas y Garavito, podríamos decir que si el primero suplió con la habilidad de sus manos los recursos que le faltaban, el segundo lo hizo con la capacidad matemática de su cerebro prodigioso. Caldas para remendar un termómetro roto inventó el hipsómetro: Garavito, para emplear un teodolito topográfico en la determinación precisa de la latitud, ideó uno de los mejores métodos que se conozcan entre los de alturas iguales. Garavito avanzó prodigiosamente en la Mecánica celeste mediante el análisis matemático más lógico de que tengamos noticia en América latina, y Caldas fue ingeniero y naturalista como pocos, gracias a su intuición privilegiada. Pero si el uno se diferenciaba del otro como se diferencian un geómetra y un analítico, ambos gozaron de una mentalidad sobresaliente y siempre viva que pusieron al servicio de la investigación, en beneficio de la Patria.

Explicamos esto en la presente nota para dar razón de la multiplicidad de objetos que figuran en los extractos de Caldas, que publicamos, y que sirve para dar idea al lector del método especial del Prócer payanés y del alcance de sus aspiraciones científicas.

Tal como lo hemos venido haciendo con Garavito lo haremos con Caldas, al procurar que estos dos genios de la Ciencia colombiana sean conocidos del público a través de sus obras respectivas.

Si a esto sólo alcanzara la acción de esta Revista, nos daríamos por satisfechos.

(1) Reproducimos por primera vez parte pertinente de este curioso almanaque, porque folletos como éste, destinados al público iletrado e ignorante en su generalidad, permiten considerar, como si nos transportáramos al lugar y a la época, los prejuicios, las necesidades, el estilo y el grado de los conocimientos de entonces.—Nota de la Dirección.

